

# EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La jóven china, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—A una mariposa [Soneto], por don Eduardo de Lustonó.—El cirujano de Marina [continuacion], por don R. R. de Mendoza.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: Grabado de Labores.

## INSTRUCCION.

### LA JÓVEN CHINA.



POCOS podrán hablar de la jóven china con conocimiento de causa, á pesar de que parecen derribadas las murallas que ocultaban ese pais al resto del mundo. Pero aun cuando ahora hayan penetrado hasta Pekin los soldados europeos, y descorrido el velo que ocultaba al celeste imperio, como extranjeros y conquistadores no habrán aprendido mucho de las costumbres de familia, ni menos penetrado en sus pormenores.

Mas aunque no hayamos visitado la China ni penetrado en el seno de sus familias, ni estemos iniciados por consecuencia en los usos y costumbres de las jóvenes chinas, se conocen, no dirémos si exacta ó inexactamente, sus usos y costumbres, por lo que de ellas se ha escrito, y no escasea lo que se refiere á la vida pública y privada de ese pueblo caduco.

Podrá haber exageracion, ligereza, falta de datos, pero casi todos los escritores convienen en lo mismo, y hay que admitir lo que dicen á falta de otras fuentes mejores. Hablaremos, pues, de la jóven china, por los libros y conocimientos de otros.

Debiéramos, ó podríamos tener algun escrúpulo en decir algo sobre las costumbres de un pueblo, cuyo carácter repugna á muchos en alto grado, mas lo intentamos sin embargo, no porque nos sobrepongamos

al disgusto que nos inspira ese pueblo profundamente vicioso, bajo y servil, sino porque para nosotros la madre es santa bajo todas las latitudes, como bajo el imperio de las peores leyes; y la jóven, flor inmaculada, ángel del hogar, alegría y ternura de la familia, es en todas partes, y siempre, para nosotros, el emblema de la pureza.

La jóven china de las clases acomodadas vive encerrada en el fondo de un gineceo, como las antiguas mujeres griegas, y en el que no penetran mas que sus parientes mas próximos é íntimos. Allí reciben la educacion mas fútil, y solo aprenden algunas nociones de costura, de cocina, etc., y las enseñan despues á herir cadenciosamente ciertos instrumentos, que tienen alguna analogía con nuestro armonium.

Y sin embargo, entre las mujeres chinas han descollado genios admirables; y conocida es de nuestras lectoras, á quienes la hemos presentado hace algun tiempo, la célebre Pan-Hoei-Pan, que floreció hace cerca de 1800 años, y aunque escribió sobre los principales deberes de las personas de su sexo, aunque demostró que *su estado era de abyeccion y debilidad*, no parece que se corrigieron mucho las costumbres, y si lo hicieron, se han pervertido despues, y no han sido persistentes los frutos de tan preciosas semillas. Pudo tener, y tuvo sin duda la China, períodos de esplendor, que no podemos apreciar debidamente, por ignorar toda su grandeza, pero pasaron como han pasado para otros pueblos. Se olvidó lo útil y lo grande por lo superficial, y hoy, para saber adornarse es para lo que emplean mas tiempo, y en lo que llenan las horas del dia.

Cuando los chinos, por un motivo que es fácil apreciar, estropean á sus hijas desde la cuna para formar sus piés diminutos, ¿qué puede hacer una pobre

niña, con las plantas prensadas, y que no tiene otros placeres que los que procura el adornarse, ú otras ocupaciones igualmente fútiles? No exijamos á esas pobres criaturas el afecto de nuestras europeas, la virilidad de las jóvenes americanas del Norte, las dulces fantasías de las alemanas, el espiritualismo de las francesas, la nobleza de sentimientos de nuestras españolas, y las firmes creencias de las inglesas.

No, las jóvenes chinas son muebles preparados á gran costo para satisfaccion de sus señores, pero ellas no son ni el alma, ni la alegría, ni el honor del hogar: vejetan y viven sometidas á los usos, á las costumbres, y á la voluntad de los que las alienan. Si las virtudes femeninas están adormecidas en el celeste imperio, tambien lo están los grandes vicios, y los hombres reunen una pequeña dosis de cualidades y gran suma de defectos.

De otra manera, ¿cómo veríamos en este pais tan viejo, y como ellos osan decir, tan civilizado, sacrificar á las niñas segun les place á sus padres?

Mas cerremos los ojos ante ciertas costumbres de este pais, y digamos que aun allí el corazon de las madres es menos malo, y mas susceptible al afecto que el de los padres, que especulan con sus hijos. Digamos tambien que la joven ama á su madre y venera á los autores de sus dias, como si hubiese nacido bajo leyes menos monstruosas; lo cual prueba que el Eterno ha puesto en todas partes, y siempre, la piedad filial en el fondo del corazon de todos los seres. El corazon no obra por conveniencia sino por afecto, y solo obedece á sentimientos elevados y nobles.

Cuando miramos en nuestro derredor y vemos la suerte, la educacion, la instruccion, la existencia de nuestras jóvenes, y la comparamos con la triste y desgraciada de las jóvenes de Oriente, damos fervorosamente gracias á Dios por habernos hecho nacer donde reinan la justicia y la verdadera sabiduría; donde la mujer es el sér inteligente y activo que comparte con el hombre las felicidades y las desgracias; donde la mujer es nuestra compañera, y no nuestra esclava.

A. PIRALA.

## GARTAS Á JULIA.

### IX.

Por fortuna, mi querida Julia, en aquel instante entró María.

—Ven, ven, papá está aquí, me dijo. Tú no sabes, lueve mucho, y está todo mojado... Quiere otra ropa, ven...

Yo bendije á María, á mi marido, á la lluvia, y salí precipitadamente de la cocina.

En efecto, con mis enormes trabajos culinarios no habia echado de ver que se habia nublado el cielo y habia estallado una furiosa tempestad. Eduardo venia todo calado.

—Quisiera mudarme, me dijo, mirándome con cierta desconfianza.

Yo daba vueltas en mis manos á las lleves, tan descorazonada como él.

—Yo te enseñaré donde abuelita tiene esas cosas, me dijo la niña, ven...

Y me llevó á un cuarto en donde habia cuatro armarios descomunales. Abrí el primero: todo estaba en el mas perfecto órden; pero no sacaba mas que sábanas, almohadas y toallas. Entonces empezó á apoderarse de mi espíritu el vértigo y la impaciencia: fuí tirando de aquí y de allá lo que me parecia, volviendo á meter las cosas sin doblarlas, y acabé por hacer un revoltijo tal, que á buen seguro la pobre abuela necesitaria un dia para volver á ordenarlo.

Lo peor del caso fué que no hallé lo que buscaba, y lo mismo me sucedió con los otros tres armarios, porque metia las manos á la ventura, y amontonaba unos objetos sobre otros, sin órden ni concierto.

En medio de mi desesperacion divisé un enorme cesto que estaba cubierto con un paño. Me abalancé á él y saqué, con una alegría inesplicable, una camisa, unos calzoncillos y unas medias, que me apresuré á llevar á mi marido; pero mi triunfo se cambió en pesar, cuando ví que cada uno de aquellos objetos tenia mas agujeros que una bandera tomada al enemigo sobre el campo de batalla. Sin duda los habia sacado de entre la ropa, que estaba para coser.

Eduardo no pudo reprimir un gesto de disgusto, y yo me puse encendida de vergüenza.

Tambien quiso mudarse de levita, y despues de buscar mucho, le llevé una, que sin duda habia pertenecido á su tatarabuelo. Tan ridícula estaba!

Cuando Eduardo se hubo disfrazado así, se dispuso á pasar al comedor.

—Pues qué hora es? le pregunté aterrada.

—Toma! las cuatro: la lluvia me ha retrasado....

Un sudor frio cubrió mi frente.

Qué haria? Estaria Susana ó se habria marchado? Y si no se habia marchado, se hallaria ya dispuesta la comida? Ir á preguntárselo, me parecia que era rebajarme, y en este apuro, recorrí otra vez á María, que ya me habia sacado de tantos.

La niña fué y volvió casi al instante, diciendo con aire mohino:

—Aun no está puesta la sopa...

—Son las cuatro! dijo lacónicamente mi marido. Y empezó á pasearse.

Yo no sabia qué hacer: hubiera dado la mitad de

mi vida para que el tiempo tuviese alas y se redujese á un solo instante.

En medio de mi angustia, ví el gatazo negro que atravesó la sala, y fué á posarse encima de una silla, fijando sus ojos en mí, como si se burlase todavía.

—Pícaro gato! pensé. Él tiene la culpa de todo! Sin el destrozo del armario, yo no hubiera llamado á Susana, ni me hubiera ocurrido la malhadada idea de bajar á la cocina. Mas ¡ay! que el gato no hubiera entrado en el armario si yo no le hubiera dejado abierto!

En aquel instante, el impasible reló, tan desapiadado como el gato negro, dió las cuatro y media.

—Las cuatro y media! repitió mi marido como un eco lúgubre.

—Vé á ver si está ya la comida, le dije en voz baja á María, que jugaba en un rincon del cuarto con su hermano.

La niña fué y volvió tan pronto como la vez primera.

—Aun no, me dijo, meneando su graciosa cabecita.

Susana llora, llora y llora, que dá miedo verla. Tiene los ojos que parecen de sangre.

—Y por qué llora? preguntó Eduardo, parándose bruscamente.

Yo bajé la cabeza sin responder; pero aunque tenía los ojos clavados en el suelo, no dejé de notar que hacia un gesto de impaciencia.

El implacable reló dió las cinco, luego las cinco y media, luego las seis, y cada vez que daba, su campana metálica me hacia la sensacion que debe experimentar el reo puesto en capilla al contar los momentos que le acercan al cadalso, y cada vez que daba, Eduardo repetia la hora, con acento mas lúgubre y sombrío.

Pero como el bien y el mal terminan igualmente al fin en este mundo, quiso Dios que se asomase en la puerta el rostro franco y risueño de Antolina. Antolina era la hermana de Antonio, que se habia casado con el pastor, y que solia venir por las mañanas y las tardes á ayudar á Susana en sus quehaceres.

En un instante puso la mesa; dió el brazo á don Tomás para que pudiese bajar al comedor, y tuve el inefable consuelo de ver humear la sopa dentro de la sopera. Yo creo que la vista de aquel ligero humo que se disipaba en el aire, fué para mí mas grata, que lo sería para el americano Fulton cuando vió moverse por primera vez sus naves al impulso del vapor.

Nos sentamos á la mesa.

Los niños son como los pueblos: una concesion les abre campo para exigir mil concesiones. Yo, que les habia permitido hacer fiesta aquel dia, experimenté los tristes efectos de mi benignidad. Ambos hermanos disputaron sobre si un plato era mas bonito que el otro, sobre si la tajada de éste era mayor que la

de aquél, y ambos apelaban á mí, y por cualquiera de ellos que me decidiese, habia iguales lágrimas é idéntica gritería.

Te confieso que estaba aburrida.

Eduardo á veces se sonreia mirando á Tomás, otras hacia una mueca de desagrado, y en muecas y sonrisas leia yo estas fatales palabras.

—¡Cuánta falta hace la abuela!

Y lo peor era que tenían razon: sin saber cómo ni de qué manera, la paz estaba alterada, y no habia ni un momento de sosiego.

—¡Oh felicidad doméstica, pensé, en cuán poco estribas!

Eres como todas las felicidades humanas, pendientes de un cabello, y sujetas á las cosas mas nimias y pueriles!

Como puedes suponer, la comida no fué mas que la continuacion de los martirios de aquel dia. La sopa estaba salada, el cocido crudo, y el pollo mas duro que los murallones de la mas inespugnable fortaleza, tanto que Eduardo arrojó el cuchillo y renunció á la empresa de trincharlo.

—Dí á Susana, gritó dirigiéndose á Antolina, que podia tener un poco mas de esmero, y que sobre darnos la comida á las seis, nos la ha dado insoportable.

Cada una de aquellas palabras eran otros tantos puñales que se me clavaban en el corazon; pero fuí tan cobarde, que no salí á la defensa de Susana. Tambien quise hacer una seña á Antolina para que suprimiera el mensaje, y el orgullo me contuvo.

Sin embargo, como todo no habia de ser malo en aquel aciago dia, las tartas estuvieron inmejorables, pero yo no me atreví á reclamar los honores de un triunfo que tantos sinsabores nos habia costado.

Cuando nos levantamos de la mesa era ya de noche.

—Vamos, hijos, á la cama, dijo Antolina á los niños.

Aunque la costumbre hacia que se les cerrasen ya los párpados, un natural espíritu de rebelion impulsó á María á que viniese á refugiarse entre mis brazos, y ¿cómo habia yo de resistir á los ruegos de la que habia sido mi providencia en los azares de aquel dia?

—Luego se acostarán, dije, hoy hemos comido mas tarde.

—Si tienen sueño! exclamó Antolina.

—A que no! interrumpió María abriendo desmesuradamente sus bellos ojos azules.

—Y nos dejarás bajar al jardin? me dijo Luis.

—Andad, os concedo media horita.

Los niños se alejaron dando brincos, y yo, que estaba deseosa de reparar en algun modo mis torpezas anteriores, le dije á D. Tomás si queria que le leyese.

El pobre viejo hizo un ademan de júbilo, y me

mostró un grande infólio que habia sobre la chimenea.

Tuve la satisfaccion de ver que mi marido se arrellanaba en su asiento, y que estaba dispuesto á escucharme.

Animada con esto dí principio á mi lectura, pero el libro contenia una antigua y disparatada historia de mandobles y cuchilladas; á los pocos renglones empecé á aburrirme, y aun no habia leido un cuarto de hora, cuando ya á muy duras penas podia contener los bostezos.

—Esto no es muy divertido, pensaba prosiguiendo mi soliloquio de todo el dia, y bien dice la abuela, que la estimacion general no se conquista sino á muy duro precio, como todas las cosas que valen algo.

Me faltaba, no obstante, el golpe de gracia.

De repente oimos unos gritos penetrantes en el jardin.

Me abalancé á la puerta; pero Eduardo ya me habia precedido, y volando hácia el sitio en donde estaban los niños volvió con María entre los brazos.

Corrí hácia ella y retrocedí aterrorizada. Estaba cubierta de sangre.

Luis venia detrás llorando y diciendo:

—Yo no tengo la culpa, yo no tengo la culpa!

—Me queria quitar mi pedazo de seda! balbuceaba María entre sollozos, y apretando contra al pecho un giron sucio y arrugado.

—Qué haces ahí inmóvil! me dijo Eduardo... es preciso restañar la sangre... vendar la herida...

Nunca me habia encontrado en semejante lance; estaba aturdida, no sabia qué hacer.

Por fortuna llegó Antolina, la cual se apresuró á decir:

—La pondremos sal y vinagre á falta de otra cosa mejor.

Hízolo así, y mientras vendaba la frente de la niña, la decia con la mejor buena fé del mundo:

—Ves? Por no haberte querido acostar cuando era hora. ¿Qué dirá la abuela? Calla... calla... ¿no oyes el ruido del carro y la voz de Antonio que arrea á la mula? La abuela está ahí... calla y vamos á la camita... Mañana estarás curada y no te reñirá por tu desobediencia....

Demasiado cierto era: la abuela llegaba en aquel instante, y ¡qué cuadro, Dios mio, iba á ofrecerse á su vista!

¡Susana llorando, los niños llorando, D. Tomás confuso, mi marido disgustado! Habia dejado un paraíso y encontraba un verdadero infierno! No tuve valor para arrostrar su primer mirada! Al sentir el ruido de sus pasos, me abalancé á la puerta, subí de cuatro en cuatro los escalones de mi cuarto, me arranqué mas bien que me quité los vestidos, y me metí en la cama, cubriéndome la cabeza con las sába-

nas, como hacen los niños amedrantados por el bú. Allí escondida derramé lágrimas amargas, que aliviaron algun tanto mi pesadumbre.

Al poco rato oí ruido de pasos en la escalera, y ví entrar á la abuela con una lamparilla en la mano.

Puso la lamparilla sobre la cómoda, y se acercó de puntillas á mi cama.

Quise hacer que dormia, pero me vendió un involuntario suspiro.

La abuela se inclinó hácia mí.

—Tu tarta está deliciosa, me dijo sonriendo, y Dios me ha inspirado para que pudiese pagar tu delicada atencion con otra. Te he traído una cabrita blanca, casi recién nacida. Ya la verás mañana!.. Ahora duerme y no te apures por nada. El aprendizaje es rudo en todas las cosas, pero yo te ayudaré; adios, hija mia, hasta mañana!...

Y depositó un beso en mis cabellos, me arregló cuidadosamente las sábanas, y se alejó otra vez de puntillas, cual si temiese desvelarme demasiado.

Oh, Julia! Julia mia, cuánto me reí de ella al verla por la primera vez con su gorra blanca, sus antiparras verdes y su escuálida figura! Tiene razon: el amor reside en el alma, y solo puede brotar del alma! Me parece que voy á quererla mucho, tanto como á mi madre!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### Á UNA MARIPOSA.

Soneto.

Tú, que hendiendo los aires vagorosa  
 Con inocente afan, con loco brío,  
 Cruzas alegre de la fuente al río,  
 Desde el vergel á la enramada umbrosa;  
 Pregúntale á las flores, mariposa,  
 Tambien pregunta al arroyuelo frío  
 Si acaso en su desden, en su desvío,  
 Decirte quieren donde está mi hermosa,  
 Y si por fin la ves, mis horas malas  
 Cuéntala, mariposa, y mis enojos;  
 Mas cuida al acercarte de tus galas;  
 Cuida de tí, de tus matices rojos,  
 Que abrasarán tus primorosas alas,  
 Como mi pecho abrasa con sus ojos.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

## EL CIRUJANO DE MARINA.

[Continuacion.]

El inglés se inclinó sonriendo. Hubo entonces un momento de silencio, durante el cual los dos amantes permanecieron, el uno frente del otro, confusos y con los ojos bajos. Su compañero pareció reflexionar que en semejante circunstancia su presencia era una crueldad. Les echó, pues, una mirada de dulce compasión, y tomando la carta de manos de Fanny, salió despues de haber saludado amigablemente á Launay.

Luego que estos se encontraron solos, por un movimiento igual y de indecible complacencia se tendieron las manos, y Eduardo se sentó cerca de la jóven.

—En fin, dijo ésta: Oh! cuánto tiempo hace que no os he visto así á mi lado?

—Por qué no me llamabais, Fanny? no esperaba mas que un gesto.

—Podia hacerlo acaso? Dios mio!

—Que os lo impedia.

—Ah! no me interrogueis, no me preguntéis nada; dejad que hoy me consagre enteramente á mi júbilo; no os basta verme dichosa?

—Todavía veo algunas lágrimas á través de vuestra sonrisa.

—No quiero enjugarlas, Eduardo: son demasiado dulces estas lágrimas para que anhele secarlas; desearia conservarlas aquí siempre, pues temo que mi júbilo se seque con ellas.

—Oh, callad, eso no sucederá. No haya entre nosotros mas desavenencias, pues no puedo vivir así.

—Y yo lo puedo acaso?

—¿Por qué entonces no vencer todas estas contradicciones, todos estos disgustos que agrian el corazon? Fanny, bien sabeis cuanto os amo; quereis dejar para siempre vuestras manos en las mias, como se hallan ahora?

La jóven estaba enrojecida, y temblando de emocion levantó sobre Eduardo sus ojos llenos de dulce languidez, y despues ocultando su rostro con el hombro del jóven.

—Bien comprendeis si yo lo desearia, dijo con voz apagada.

—Entonces ¿por qué retardar nuestra dicha?

—Sabeis acaso si soy libre; si las personas que deciden de mi suerte no han concebido proyectos mas ambiciosos á los cuales es necesario desde luego hacerles renunciar.

—Hé aquí el obstáculo que nos separa. Vuestra familia, noble y rica sin duda, desprecia una alianza demasiado vulgar.

—No he dicho eso, Eduardo, y no he debido decir nada. En nombre del cielo no me hagais hablar; bien

veis que no estoy en mí.... Oh! os lo suplico, no me preguntéis nada.

—Y bien! sea, dijo el jóven con abandono; amémonos sin reflexion, y que el destino haga de nosotros lo que quiera. Mas no me abandoneis, Fanny, como acabais de hacerlo, porque solo y desamparado tengo miedo de mí mismo. Esperaré confiadamente, mientras permanezcais aquí, porque sois mi paciencia, como sois mi dicha. Pensad que estoy triste, colocáos siempre entre mi pensamiento y yo; sed la enfermera de mi alma; este papel os está bien á vosotras, pálidas y dulces inglesas, á quienes para ser ángeles os faltan solo las alas. ¿Quereis que sea así, decid?

—Lo quiero, Eduardo, lo quiero; pero vos quereis tambien permanecer sereno y tranquilo?

—Ay de mí! Lo ensayaré, Fanny, os prometo que lo ensayaré.

—Y os acercareis á Mr. Burns, no es esto, preguntó la jóven tímidamente.—Es preciso, Eduardo.

—Procuraré hacerlo tambien.

—Y yo, exclamó la niña en una exaltacion de júbilo y de amor, yo rogaré á Dios porque nuestro proyecto se realice.

Launay la estrechó dulcemente entre sus brazos, y depositando sobre su frente un beso mezclado de lágrimas:—

—Rogadle tambien por mí, Fanny, dijo.

## V.

A la mañana siguiente, Eduardo se dirigió muy de mañana al valle. La esplicacion que habia tenido la víspera con Miss Morpeth habia producido en él una especie de revolucion. Al ver las cándidas lágrimas de ésta, al oír su voz tan llena de ingenuidad y religion, habia vuelto á hallar todas las sensaciones de su adolescencia. Se habia juzgado á sí mismo tan pequeño al lado de esta alma de niño, que tuvo vergüenza de su indignidad. Es extraordinario, pero es así; la vista de un sér puro no nos trae á la memoria sino honrosas aspiraciones. Una virtud serena produce sobre nuestras disposiciones morales el mismo efecto que el polo sobre nuestra actitud física: por imitacion nuestra alma se engrandece y toma un puesto mas digno. Jamás Eduardo habia sentido mas vivamente mirar á su pasado. El amor de miss Fanny le causaba una especie de remordimiento. ¿Sabía ella á quién se entregaba? Ah! porque, ¿por qué no habia permanecido sin tener nada que reprocharse? Bien es verdad, que en la vida del hombre llega un dia, una hora, en que las faltas cometidas se levantan á su alrededor; un dia, una hora, en que se comprende bien que *felicidad* y *deber* son dos nombres dados á una misma cosa. ¿Cómo entonces todo se anubla! Cómo los mas frescos y puros maniantales se emponzoñan! Nada nos consuela. Las penas nos ahogan; el llanto nos consume. Por

mas que se hayan amontonado las dichas en el corazon, todo desaparece como en el tonel de las Danáides. Launay lo experimentó así dolorosamente, porque su misma dicha habia venido á ser un manantial de sufrimientos.

Recorrió largo tiempo el valle buscando el medio de tranquilizarse. En fin, luego que esta crisis pasó, se volvió á la fonda, donde Fanny debia ya esperarle.

Lo largo del camino, las bellas imágenes que contemplaba, y la esperanza de ver bien pronto á la que amaba, disiparon las nubes de su frente. Con esa flexibilidad de todas las almas sensibles, pasó en poco tiempo de la desesperacion á la alegría. Se puso á hacer un ramo de flores campestres para Fanny, y á cada flor que cogia, un pensamiento triste se escapaba de su corazon. Así llegó al h6tel mirando volar las mariposas y tarareando el aire de una cancion que aprendió en su infancia.

Cuando se aproximaba percibió delante de la puerta á Mad. Perscof con la dama gruesa y algunos otros bañistas, que parecian tener una gran conferencia.

No pudiendo evitar su encuentro apresuró el paso para atravesar rápidamente, pero en el momento en que ponía el pié sobre la primera grada, Mad. Perscof le detuvo por el brazo.

—De vos hablábamos, caballero Launay, le dijo.

—Es mucha bondad, señora.

—Les contaba vuestra historia.

—No comprendo....

—Oh! es muy sencillo: estoy en pormenores de vuestra vida pasada... vos no lo dudareis, no es esto?

—Señora, dijo Eduardo temblando, eso es una broma...

—No por cierto; no hay broma aquí. Sé que habeis nacido en Brest, que fuísteis recibido como cirujano de marina en 1816; sé que vuestros compañeros os llamaban el *último de los Estuardos*, aludiendo á vuestro nombre y á vuestras ambiciosas aspiraciones. ¿No es verdad, que estoy bien informada?

—Exactamente, señora, y lo que desearia saber es quién os ha dado estos detalles.

—Esperad aún: no es esto todo. Sé además que habeis venido á ser rico súbitamente por herencia de un tio á quien nadie ha conocido.

—Señora! señora! exclamó Launay, quiero saber quién os ha dicho eso. ¿Estoy sometido aquí á una inquisicion oculta? Quién os ha dicho eso? Quiero saberlo.

Madame Perscof contestó asustada.

—Dios mio! No era mi ánimo despertar vuestra cólera, ni he buscado el conocimiento de estos detalles, bien podeis creerlo. Hay aquí, sin duda personas mas interesadas que yo en esta investigacion. Un fragmento de carta que he hallado por casualidad me ha puesto al corriente de lo que os acabo de repetir.

—¿Dónde está?

—Héla aquí

Eduardo reconoció la carta que habia visto la víspera entre las manos de Fanny. Al reconocerla comprendió que era contestacion á preguntas muy detalladas hechas sobre el asunto.

(Se continuará.)

R. R. DE MENDOZA.

## TEATROS.

Á un solo coliseo, cuyas puertas duran abiertas más tiempo que las de los restantes de Madrid, podemos hoy referirnos al tratar de hacer nuestra habitual reseña. Para verificarlo tendremos tambien que retrotraernos á mencionar obras que ya han desaparecido, alguna de las cuales no volverá á figurar en la escena. El año cómico ha terminado casi en su totalidad y por lo tanto han cesado con él las novedades teatrales, siendo llegada para nosotros la época de no poder alimentar con el incentivo de interesantes noticias la curiosidad de nuestras aficionadas lectoras.

Hace ya mucho tiempo que se estrenó en el teatro de la ZARZUELA el juguete en un acto titulado *Los herederos*.—Calificándola como lo hacemos, damos á entender que esta produccion carece de altas pretensiones y no sale de las condiciones de un agradable pasatiempo. Su autor, el Sr. Ferrer del Rio, cuyo talento y elevadas condiciones de escritor son de todos conocidos, no ha podido dar otra clase de importancia á *Los herederos*. En esta zarzuela se advierte una tersa y llana forma literaria.—La música, compuesta por el Sr. Barbieri, es sencilla como convenia al asunto, y viva y chispeante como propia de tan original y fecundo compositor.

Otra zarzuela tambien en un acto, y en verso, se ha estrenado despues de la anterior: titúlase *Retrato y original*. Su libreto, arreglado de una obra francesa por el Sr. Pastorfido, adolece de inverosimilitud y de poca novedad, pero despierta cierto interés que hace que se le escuche con agrado hasta sus últimas escenas. Tiene en su contra que el asunto sobre que versa ya se ha visto anteriormente en obras tomadas del mismo original, como por ejemplo *La pastora de la Alcárria*, representada el pasado año en el coliseo del CIRCO. En cambio le favorece un vago tinte novelesco que mantiene sin languidecer la curiosidad del espectador.—La música de esta produccion ha sido escrita por el Sr. Cepeda, si mal no recordamos en este instante. No tiene grande importancia, ni rasgos característicos que la distingan ante el público, pero es digna de aprecio por sus formas regulares y es oida agradablemente.

Una mala costumbre, cuyo origen no acertamos á

señalar, empezó á perjudicar antes de su estreno á la zarzuela en un acto *La isla de S. Balandrán* hecha despues que las anteriormente citadas. Referímonos á la facilidad deplorable con que de algun tiempo á esta parte se juzgan las obras, sin aguardar al fallo del público, juez en la materia á quien no se debe prevenir con indiscrecion, en cualquier concepto que se haga. Decíase como cosa corriente, aunque no sabemos por quién ni con qué fundamento, que *La isla de S. Balandrán* estaba expuesta á sufrir una completa derrota; de modo que muchos, que tales anuncios habian oido, asistieron á su estreno creyendo de fé la profecía. Por fortuna de los autores y de la empresa, tan desagradables predicciones no han pasado de ser unos falsos augurios: la obrita en cuestion ha obtenido un éxito en extremo lisonjero, y en vez de haber pasado sin dejar huella alguna, atrae todas las noches al coliseo de la calle de Jovellanos una numerosa concurrencia que pasa un excelente rato saboreando los chistes y situaciones cómicas en que abunda.—Su autor, el Sr. Picon, la denomina zarzuela *ilusoria*, y en efecto lo es por cuanto su gracioso asunto pasa en un mundo que puede llamarse mundo al revés. Nada queremos decir de su fábula para no quitar el gusto de la novedad á aquellas de nuestras lectoras que en Madrid ó en provincias hayan de asistir á la representacion. *La isla de S. Balandrán* es una broma que no pierde el carácter de culta por más que sus tintas sean subidas y exageradas, como lógicamente tenian que serlo dado el principio sobre que está fundado el argumento.—El Sr. Oudrid ha compuesto para este juguete escasa y ligera música, segun convenia; habiendo echado mano de algun motivo muy conocido entre los aficionados al arte.

La ejecucion de *La isla de S. Baladrán* es bastante desigual, siendo de sentir que no se haya puesto en ella todo el interés á que era acreedora la obra por los buenos resultados que ha venido á producir.

Muy desventurado ha sido en verdad el éxito alcanzado por la zarzuela últimamente estrenada, cuyo título es *Los protectores de una actriz*. El público la oyó en silencio; pero despues de haber bajado el telon, hubo algunas manifestaciones enérgicas de reprobacion, cuyo género reprobamos nosotros sin embargo por mas que la tal obra exigiese censura.—Debemos advertir que de aquella se salvó la parte musical, en la cual, si bien poco nuevos, hay trozos escritos con bastante facilidad y correccion.—Inútil es añadir que *Los protectores de una actriz* murieron apenas nacidos.

Un acontecimiento musical se ha verificado en el teatro de que hablamos, pero requiere un artículo especial que no podemos hoy dedicarle. Aludimos al *Concierto vocal é instrumental* ejecutado en la noche del 11 de este mes por los profesores que bajo la direccion del señor Gaztambide dieron los cuatro con-

ciertos clásico-religiosos en el Conservatorio de Música y Declamacion durante la pasada Cuaresma, y por otros artistas del mismo coliseo.—Solamente nos toca decir al presente que el éxito fué en extremo honorífico y halagüeño, y que dicha solemnidad musical conquistó muchos aplausos ruidosos y legítimos.

ANTONIO ARNAO.

## LABORES.

Es digna de llamar la atencion por su importancia, por su lucimiento, y por su mucha novedad, la que figura en primer término en nuestro grabado. Es un caprichoso *tapete* de velador hecho con estambres, á punto de *crochet*, y destinado á figurar entre los objetos de mas gusto que pueden adornar una sala.

Se necesitan para esta labor cinco colores de escala encarnados, y otros cinco, tambien de escala, en blanco, que comprenden el gris ó aplomado claro, y un *crochet* de madera, dando principio en esta forma:

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—Con grana el mas bajo: 11 puntos, que se reunen el último al primero, para trabajar en círculo.

2.<sup>a</sup>—Con el mismo color: 2 barras en cada punto.

3.<sup>a</sup>—Idem: 1 barra en un punto y dos en el siguiente.

4.<sup>a</sup>—Como la anterior.

5.<sup>a</sup>—Como la cuarta.

6.<sup>a</sup>—Con el mismo color: 3 ps. s., 3 bar., toda la vuelta.

7.<sup>a</sup>—Con el color que sigue en la escala: 5 ps. s., 5 bar. sobre las anteriores, colocando una en cada punto anterior y posterior á ellas, lo que se entenderá para todos los aumentos siguientes: 5 ps. s., 5 bar., y lo mismo hasta terminar la vuelta.

8.<sup>a</sup>—Con el color que sigue: 7 ps. s., 7 bar. sobre las anteriores, y se repite lo mismo en toda la vuelta.

9.<sup>a</sup>—Con el color que sigue: 9 ps. s., 9 bar. sobre las anteriores, repitiéndolo en toda la vuelta.

10.<sup>a</sup>—Con el último color: 11 ps. s., 11 bar. sobre las anteriores, repitiéndolo en toda la vuelta.

11.<sup>a</sup>—Con blanco: 20 ps. s., 3 bar. sobre las tres del centro anteriores.

12.<sup>a</sup>—Con el color que sigue: 20 ps. s., 5 barras sobre las tres.

13.<sup>a</sup>—Con el color que sigue: 23 ps. s., 7 barras sobre las cinco.

14.<sup>a</sup>—Con el color que sigue: 24 ps. s., 9 barras sobre las siete anteriores.

15.<sup>a</sup>—Con el color mas oscuro: 25 ps. s., 11 bar. sobre las nueve.

Vuélvese á repetir con los de grana la misma labor, y despues con los blancos, dando en los puntos sencillos toda la elasticidad que necesite la labor para quedar bien sentada; trabajando por el mismo orden hasta que el tapete tenga el tamaño necesario, en cuyo caso se hace la puntilla del modo siguiente:

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—Con grana, 1 p. d. en cada uno de los sencillos, 5 ps. s., y se pasa la aguja en la tercera barra, 10 ps. s., y se pasa la aguja en la sexta bar., 16 ps. s., y se pasa la aguja en la misma barra, 10 ps. s., y se pasa la aguja en la novena, 5 ps. s., y se pasa en la última, repitiendo lo mismo en cada piña de las que hay en el círculo.

2.<sup>a</sup>—Un punto doble en cada uno de los dobles anteriores, 4 ps. lis., 1 d. en el centro de los cinco anteriores, 4 lis., 2 dobles en los dos del centro de la presilla que sigue, 6 lis., 3 dobles en los tres del centro de la presilla siguiente, 6 lis., 2 dobles en el centro de la otra presilla, 4 lis., 1 doble en el centro de la siguiente, 4 lis., 1 d. en cada uno de los dobles anteriores, y se repite lo mismo hasta terminar la vuelta, con la cual queda nuestra labor terminada.

Completa este *tapete*, que puede hacerse grana, azul ó verde, segun exija el mueblaje del salon, un fleco á la altura en que se dobla el *tapete*, hecho con los mismos colores empleados en su ejecucion.

El segundo modelo que muestra el grabado es una *arandela ó círculo* para debajo de una lámpara, hecho con felpilla y alambre del modo siguiente:

Se forma con alambre una rosa de seis pétalos, y se visten de felpilla, cruzándole de un borde á otro: formáse luego otra mas pequeña de cinco pétalos, destinada á ir en el centro, que se forra con felpilla blanca poniéndole un corazon amarillo; se coloca dentro de la otra, y se rodean juntos todos los troncos con felpilla verde. Despues se forman con el alambre dos hojas, que se cubren cada una con uno de los verdes, uniendo ambas por el tallo. Se hacen, como la rosa esplicada, otras cinco iguales y otras cinco hojas dobles, y unidas como las reseñadas, se corta despues un carton, que se forra de seda verde, guarneciéndole de un grueso cordon hecho con felpilla verde y rosa, y se adorna con las flores, colocando, segun muestra el dibujo, dos hojas y una rosa, dos hojas y una rosa, hasta cerrar el círculo, con lo cual queda terminada esta segunda labor, que por la sencillez de su ejecucion parece reclamar para sí las manos de una niña.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

## MODAS.

La emigracion veraniega ha principiado, y la señora que no tiene ya empaquetado su equipaje de viaje le está dando la última mano.

El traje generalmente adoptado para el campo, baños ó viaje, se compone de vestido y paletó corto, de la misma tela, de un color liso, guarnecidos de trencilla ó cinta, puesta lisa: las telas mas admitidas son el poplin, el alpaca y el fular. El paletó no lleva muy ancha la vuelta de la manga, y tiene un cuello pequeño, y solapas.

Entretanto el vestido obligado para paseo es de granadina lisa, adornado de volantitos, encañonados, ó entablillados de la misma tela, orillados y con cabeza de cinta ó trencilla verde, azul ó groSELLA: hay un alubion de trajes de este género, en barrés de fondo jaspeado gris con flores brochadas, de dos ó tres colores, siendo el adorno del dominante en estos. Las gasas de Chambery, del mismo estilo de dibujos, pero á cuadros, visten mas y sirven para soaré.

Como modelo de buen gusto, y mas distinguido, ofrecerémos á nuestras lectoras un vestido de glasé color de malva, de cuerpo alto y liso. La manga, entrecana y de codo, termina en una vuelta á lo mosquetero, adornada de cuatro guarnicioncitas plegadas, orilladas de un galon negro estrecho, festoneado. El talle es bajo y va cerrado por detrás con el lazo del cinturon, que tiene tres lazadas, del mismo glasé, al estilo de Luis XIII, con dos largas y anchas puntas flotantes, galoneadas tambien. El bajo de la falda va cubierto, hasta la altura de 30 centímetros, por nueve volantes pequeños, plegados y guarnecidas sus orillas de galon negro.

El sombrero correspondiente á este traje es de tul blanco, adornado de terciopelo color de rosa, blondas y plumas blancas.

Tambien es lindo para traje de paseo otro vestido de grós royale, color gris, de cuerpo escotado. El talle es redondo, con cinturon azul, anudado este atrás pos tres lazadas de grós, con largos cabos, adornadas las orillas de dos rulós y una guarnicioncita de grós azul plegada. La manga es de zuava, guarnecida de dos rulós y dos volantitos. El bajo de la falda lleva seis rulós y tres volantes estrechos, azules unos y otros. La parte escotada del vestido se cubre con un fichú de tul blanco, que lleva un rizadito al escote, y corbata azul, y va guarnecido de tres rulós y un volantito de grós azul, terminando con otro volante de blonda blanca.

Un sombrero de grós blanco, con el ala, bavolet y adornos de paja, completa el traje.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: El Director  
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.